

¿Soñamos los valores?

1. *Lo objetivo, lo intersubjetivo y lo subjetivo*

Cuando soñamos, sentimos la realidad de modo arbitrario y caleidoscópico. Sabemos que los sueños encierran verdades que muchas veces nos ocultamos, pero en definitiva son irreales. Lo que en ellos nos atrae o nos repele, lo que apreciamos o despreciamos, carece de coherencia y realidad. Somos sólo nosotros los que vivimos y valoramos una pura apariencia de realidad subjetivamente. Pero, como escribiera Calderón, *¿la vida es sueño y los sueños sueños son?*

En filosofía, en medios de comunicación y en la vida cotidiana son muchos los que en los últimos tiempos lo sostienen: los valores son puramente relativos, subjetivistas y ajenos a lo real. Según esto, lo que ha de mover nuestras vidas, pierde su dimensión *objetiva*, reduce al convencionalismo masificante su área *intersubjetiva* o social, y convierte en subjetivista y egocéntrico el ámbito *subjetivo*. Pero sacamos a flote los tres aspectos de la vivencia del valor o los tres se hundirán. Sin la realidad objetiva del valor sólo quedarían el costumbrismo o el pragmatismo veleidoso de lo social o el individualismo acomodaticio y caprichoso. Sin el entorno intersubjetivo no dispondríamos de una comunicación o mutuo enriquecimiento axiológico y perderíamos un importante punto de referencia. Privados de la íntima subjetividad, nunca lograríamos hacer nuestros los valores.

2. *La objetividad del valor: argumentos*

Hoy todo se dice y todo se desdice, pero lo más desdicho es la *objetividad del valor*. Liberarla de falacias y pseudoproblemas es nuestra presente tarea. Aun no intentando una réplica técnica, sistemática y exhaustiva a los filósofos que la han negado, procuramos responder del modo más sencillo a los principales argumentos contrarios. Reconocemos, por lo demás, que otro frente se sitúa en la crítica al imperio consumista de lo efímero, del comprar y tirar, y del chaqueterismo oportunista de

opiniones, es decir, a lo que autores como Enrique Rojas denominan «el hombre light». También sería interesante analizar las consecuencias deletéreas del relativismo y del escepticismo en los diversos campos, como el de la política y su total desconcierto actual, o el de la religión con sus desviaciones integrista y subjetivista. Pero, al menos en el plano de los argumentos, vayamos a las causas.

Lo primero que necesitamos reconocer, es que la cuestión de la realidad y del conocimiento de los valores se inscribe en el general problema sobre la objetividad del conocimiento humano. *El conocimiento del valor depende del valor del conocimiento*. De lo contrario, de partida situaríamos fuera del ser al valor, en el no ser. Ahí acabarían los problemas, pues nadie se plantea la realidad y el conocimiento de la nada. No se puede disociar la verdad, en sí ya un valor, respecto de los valores, a menos que no nos importe que sean falsos. Y aquí encontramos a mucho letrado iletrado. Gregorio Peces-Barba, por ejemplo, tacha nada menos que de fundamentalista la encíclica «Veritatis Splendor» de Juan Pablo II por identificar verdad y libertad (cf. *ABC*, 10-3-95, p. 3).

Para ser precisos el Papa no las identifica, sino que recuerda su esencial relación (cf. punto 4 de la encíclica), tal como hiciera aquel primer «fundamentalista» que proclamó «la verdad os hará libres». Tal vez a don Gregorio le libere la falsedad y el error. Ahora, lo cierto es que la verdad y la libertad cuestan, pero se alcanzan juntas.

El primer paso, entonces, es el de admitir la realidad del valor y el valor de la realidad. En cuanto tales *el valor es y el ser vale*. Podemos considerar diferentes modos de ser, pero no el no-ser. Y el ser, como tal, al menos vale para ser, y, en la medida en que se concreta, vale para lo que se concreta.

Tampoco es de recibo para separar ser y valor la falacia de «la falacia naturalista» de Hume, según la cual es injustificable identificar ser y deber ser. De nuevo, *el «deber ser» es o queda en la nada*. Lo que a continuación cabe explicar, es la concreción en diferentes grados de ser por parte del ser finito, que no es perfecto o puro acto, sino que es de una manera y a la vez puede llegar a ser de otras, estando siempre en proceso. Ser, por tanto, representa el acto genérico, sobre el cual se puede distinguir, pero no separar, un deber ser, que es la potencia. Ya en ética ya en matemáticas el deber ser está implícito como potencia en el ser. La única diferencia estriba en que la libertad propia de la moral hace inseguro el cumplimiento de la posibilidad o potencia, por muy conveniente o debida que sea. Con razón escribió el gran personalista Maurice Nedoncelle: «L'être est une valeur, et même une valeur universelle, (...). L'être se confond donc avec le devoir-être, il a une dignité axiologique» («L'être est-il la valeur ultime?», 1974).

Etimológicamente «valer» expresa el estar bien, el ser capaz, el poder. Otro significado básico es el de «ser igual a», asimilable al sentido copulativo del verbo «ser», por donde reluce de nuevo la identidad entre ser y valor. De hecho, el valor es el ser en cuanto análogo, dado que permite comparar desde una base común el respectivo poder de ser de los seres o entes. «Esto vale más que aquello» decimos, por ejemplo. Mas,

si por otro lado, retomamos la identidad ontológica entre ser y bien, entendido éste como la perfección del acto, obtenemos la identidad entre bien y valor. Y es que *el valor es el bien comparativo del ser*. Por tanto, ser, bien y valor destacan matices distintos, pero equivalen entre sí al expresar la realidad en cuanto tal y en cuanto poderosa para ser ella misma.

3. *Realismo moderado e interacción holística*

Como se ve, nuestra epistemología es de un realismo moderado y nuestra metafísica de raigambre platónico-aristotélica, alejada de todo nominalismo. Rechazamos, pues, ya sea el objetivismo, ciego al componente creativo de la valoración, como el subjetivismo que enajena la realidad al valor. Ciertamente, es innegable *la vivencia relativa y progresiva de los valores*, o sea, de las realidades en cuanto valiosas, como es innegable en general el conocimiento relativo y progresivo, que no relativista de lo real. Y, si nunca el conocimiento, ni siquiera el más racional y formal, está desconexo del sentimiento, pues siempre es del hombre, una unidad racional-afectiva y somática, el particular *conocimiento de los valores o valoración incorpora especialmente los afectos*. Captamos el valor pensándolo, abstrayéndolo en su universalidad a partir de los casos concretos donde se presenta, pero propiamente percibimos la entraña del valor vivenciándolo en el obrar y en el contemplar. Así acogemos la fuerza o el poder que el valor nos transmite sobre la realidad para realizarnos. La relación más adecuada con los valores no es sólo la de reconocerlos o detectarlos, sino más bien la de convencerse y moverse por ellos. Propugnemos, pues, ni racionalismos ni emotivismos, sino una visión holística que admita predominios según las áreas del conocer.

Siempre que el hombre conoce o valora, lo hace, como ser limitado y necesitado, desde un enfoque humano, sociocultural y personal. Esto no significa que desfigure o invente la realidad, sino que entra en *un diálogo interactivo y mutuamente enriquecedor*. Si bien es cierto que nunca captaremos la realidad en su pureza y plena profundidad, también es inolvidable que nunca podemos desasirnos por completo de la realidad. Hasta en los sueños, decíamos, se agazapan verdades. Tanto más cuanto las buscamos con denuedo y las comprobamos con la vida, el diálogo y la razón. La realidad es nuestra inseparable compañera. Nuestras puertas jamás están totalmente abiertas o cerradas a lo real, pero siempre dejan expedito un acceso. Y conviene resaltar en este sentido tanto la realidad del objeto conocido o valorado como la del sujeto cognoscente o valorador. Entre ambas realidades se produce ese diálogo, tan creativo y enriquecedor gracias a la inmensa abundancia de posibilidades de la realidad objetual y a los numerosísimos recursos disponibles del sujeto junto al alcance de sus aspiraciones. Así pues, no es tanto que no accedamos a los hechos y su valor, sino que éstos ante nosotros dan pie para muchos enfoques reales y realizantes. Digamos que la realidad y nosotros mismos damos mucho juego, un juego de realidades.

4. *Realización y modos de realidad*

Asimismo, en relación con la realidad básica del sujeto son destacables aquellos valores fundamentales para su realización, expresados en términos de derechos de su naturaleza humana o derechos humanos. *El derecho natural* resulta entonces el orden de valores morales, o valores de nuestra libertad, necesarios para nuestra realización humana. Nuestra naturaleza es la que más necesita hacerse, la más flexible, pero no relativista o indiferente. Su descubrimiento y realización es la tarea de la entera humanidad.

Entonces, ¿a qué obedecen tan ilustres confusiones? A una indistinción entre *grados de abstracción* y a ciertos falsos dilemas. Las cosas son valiosas no por efecto de unas adherencias llamadas «valores», ni porque participen vagamente de algún universal flotante en no se sabe qué alturas, ni en virtud de que nosotros les inventemos «ex nihilo» su valor. Así es al menos para los valores morales, los específicamente humanos, ya que el hombre se realiza a sí mismo como persona, pero no inventa la naturaleza humana. La cuestión es que ésta, justo por ser libre, es admirablemente flexible. Por tanto, *las cosas tienen sus maneras de ser y según esas maneras valen objetivamente*, lo cual no nos resta posibilidades para que las sepamos aprovechar mejor o peor.

Sobre tal base real del valor nosotros podemos enfocarlo desde las siguientes perspectivas: como *un atributo ontológico del ser* (equivalente al de bien), dado que el ser como tal se vale para ser; como *un universal*, si lo concebimos abstractamente para categorizarlo con independencia de la casuística; como *vivencia*, su forma más apegada a lo inmediato y concreto.

Conviene igualmente *deshacer el dilema y hasta la distinción entre morales formales y morales materiales*, simplemente porque dicha alternativa es ilusoria. Nada se expresa en lenguas vernáculas sin contenidos, y menos hablando de valores. Eso sólo es posible en lenguajes especiales formalizados. Lo único diferenciable es una moral muy abstracta o genérica que sólo se comprometiese con pautas universales, pero en ésta tampoco habría separación entre ser y deber ser, y, por supuesto, también sería teleológica, pues no se establecería para la nada.

Si somos libres, como proclama a cada paso la única conciencia que tenemos, *nuestra libertad* no puede quedar suspendida en sueños, enclerrada en nuestros esquemas mentales, sino que *realiza y se realiza en la realidad*. Pero en fin, si alguien aún dudase de la objetividad y universalidad de un mínimo de valores, que piense siquiera, con un poco de humor, que a ningún mortal le gusta levantarse temprano el lunes. Entonces a todos sí nos gustaría seguir soñando.

DR. PABLO LÓPEZ LÓPEZ
Instituto Emmanuel Mounier